

**¡LA REINA VIENE! LA CONSTRUCCIÓN DE LOS
IMAGINARIOS MONÁRQUICOS Y NACIONALES
EN LOS VIAJES DE ISABEL II
POR ESPAÑA (1858-1866)**

**THE QUEEN IS COMING! THE CONSTRUCTION OF
MONARCHICAL AND NATIONAL IMAGINARIES
IN THE TRAVELS OF ELIZABETH II
IN SPAIN (1858-1866).**

Rosa Ana Gutiérrez-Lloret
Universidad de Alicante

SUMARIO: I. LA LITURGIA DEL PODER: LA ENTRADA REAL Y LAS RECEPCIONES OFICIALES - II. LA REINA DEL PUEBLO. EL ÁNGEL DE CARIDAD - III. REINA DE LOS ESPAÑOLES. LA NACIÓN MONÁRQUICA ENTRE LA TRADICIÓN Y EL PROGRESO - IV. A MODO DE CONCLUSIÓN

Resumen: Para garantizar su supervivencia en la sociedad posrevolucionaria, las monarquías europeas tuvieron que afrontar un profundo proceso de adaptación, en el que el monarca perdió poder político para adquirir la función simbólica de representar a la nación, lo que le otorgó un papel fundamental en la construcción de los modernos Estados-nación. En ese proyecto de nacionalización de la monarquía uno de los instrumentos fundamentales serán los viajes reales, que permitieron proyectar ante la opinión pública los discursos de legitimación de la monarquía y de la nación. A partir de diversas fuentes documentales, incluidas las de carácter visual e iconográfico, este artículo analiza la construcción y difusión pública de los imaginarios monárquicos y nacionales que, en torno a la figura de la reina, se escenificaron en los viajes de Isabel II por España.

Abstract: In order to guarantee their survival in a post-revolutionary society, European monarchies had to undergo a profound process of adaptation. The monarch lost political power to acquire the symbolic function of representing the nation, which gave him a fundamental role in the construction of modern nation-states. In this project of nationalisation of the monarchy, one of the fundamental instruments was royal travel, which allowed the discourses of legitimisation of the monarchy and the nation to be projected in the public sphere. Based on various documentary sources, including visual and iconographic ones, this article analyses the construction and public dissemination of the

monarchical and national imaginaries that were staged around the figure of the queen during Isabella II's travels in Spain.

Palabras clave: monarquía, Isabel II, viajes reales, nacionalización, España, siglo XIX

Key Words: monarchy, Isabel II, royal travel, nationalization, Spain, 19th century

“...no hubo pecho que no palpitara de emoción inmensa, ni patriotismo adormecido que no despertara al mágico nombre de Isabel II. Porque no se trataba de prestar homenaje al trono, como un tributo servil de vasallaje tradicional; no era por cierto el pago de un pecho forzoso, arrancado al miedo, engendro de la amenaza, ni la ofrenda del valor humillado al poder de la edad media: en el corazón del siglo XIX, el acto que todos deseaban, era un rasgo de debida consideración a un principio sagrado y civilizador; al principio que establece la monarquía como reguladora de los grandes elementos sociales, en combinación con el brazo popular, sostenedor de ese equilibrio justo, padre del progreso y fuente de todo bienestar fecundo”.
Ramón Franquelo, Crónica de la visita de SS. MM. y AA. a Málaga y su provincia, en octubre de 1862, Málaga, Imp. de D. R. Franquelo, 1862, p. 10.

En el escenario político abierto por las revoluciones que tuvieron lugar en la Europa del siglo XIX la pervivencia de la monarquía se cimentó sobre su capacidad de adaptación a los nuevos ordenamientos constitucionales y a las nuevas pautas de comportamiento social y cultural que imponían las elites liberales nacidas de la revolución. Arropada con nuevas fuentes de legitimidad, que se unían a aquellas que tradicionalmente se fundamentaban en la dinastía y en la historia¹, la monarquía asumía la función simbólica de representar a la nación en lo político, lo territorial y lo social, convirtiéndose en un potente agente de nacionalización y legitimando su permanencia en la sociedad posrevolucionaria².

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación “La construcción del imaginario monárquico. Monarquías y repúblicas en la Europa meridional y América latina en la época contemporánea (siglos XIX y XX)” (Ref. PID2019-109627GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ Rosa Ana Gutiérrez-Lloret; Rafael Fernández-Sirvent, “Monarcas para la Nación Liberal. La construcción de la legitimidad regia en el siglo XIX: Isabel II y Alfonso XII”, *La construcción de la legitimidad de la monarquía española contemporánea: de Fernando VII a Juan Carlos I*, Ed. Sílex, Madrid, 2024 (en prensa).

² Esa nueva dimensión de las monarquías europeas ha sido objeto de atención preferente por la historiografía reciente. Véase, entre otros, Dieter Langewiesche, *La época del estado-nación en Europa*, PUV, Valencia, 2012, pp. 121-132; Jeroen Deploige y Gita Deneckere (eds.), *Mystifying the Monarch. Studies on Discourse, Power, and History*, Amsterdam University Press, Amsterdam, 2006; Andrzej Olechnowicz (ed.), *The Monarchy*

En ese proceso la institución se modernizó y los monarcas se convirtieron en referentes sociales, en el espejo donde debía mirarse y reconocerse la ciudadanía. Por ello, la visibilidad regia será un imperativo para la legitimación de la monarquía en las sociedades contemporáneas, pues de su exposición pública dependía su popularidad y, en definitiva, su supervivencia. La monarquía debía hacerse más presente entre sus súbditos a través de ceremoniales, festejos y prácticas simbólicas que adquirieron una mayor dimensión pública y popular³, pero sin perder ese halo de misterio casi místico inherente a la majestad del que hablaba Bagehot⁴. En esta estrategia de supervivencia de la institución y en ese nuevo concepto de “monarquía escénica”, que conllevaba una marcada vertiente teatral, el viaje real adquiere un protagonismo esencial, diferenciándose del concepto tradicional de la “corte real itinerante” de raíces medievales y modernas⁵. Se convertirá en un instrumento moderno que permite que la proyección popular y visual del monarca rebasara los límites de la capital y se hiciera accesible al resto de la nación.

En España este nuevo mecanismo de legitimación y popularización de la monarquía se pone en marcha en los últimos años de la década de los cincuenta del siglo XIX. Durante su reinado, Isabel II impulsó una agenda de viajes reales por gran parte de la geografía española, anticipando lo que se convertiría en una práctica usual en los reinados de su hijo, Alfonso XII, de su nieto, Alfonso XIII, e incluso de su tataranieto, Juan Carlos I.

and the British Nation, 1780 to the Present, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; Catherine Brice, *Monarchie et identité nationale en Italie (1861–1900)*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 2010; Eva Giloi, *Monarchy, Myth, and Material Culture in Germany 1750–1950*, Cambridge University Press, New York, 2011; Markus J. Prutsch, *Making Sense of Constitutional Monarchism in Post-Napoleonic France and Germany*, Palgrave-Macmillan, Londres, 2013; Encarna García Moneris, Mónica Moreno Seco y Juan I. Marcuello Benedicto (coords.), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, PUV, Valencia, 2013; Milinda Banerjee; Charlotte Backerra, and Cathleen Sarti (eds.), *Transnational Histories of the 'Royal Nation'*, Palgrave Macmillan, London, 2017; Raquel Sánchez (coord.), *Un rey para la nación. Monarquía y nacionalización en el siglo XIX*, Sílex, Madrid, 2019; Renata De Lorenzo y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.), *Las monarquías de la Europa meridional ante el desafío de la modernidad (siglos XIX y XX)*, PUZ, Zaragoza, 2020; David San Narciso, Margarita Barral-Martínez y Carolina Armenteros (eds.), *Monarchy and Liberalism in Spain. The Building of The Nation-State, 1780-1931*, Routledge, Londres, 2021; David San Narciso, *La monarquía en escena. Ritualidad pública y legitimidad política en el liberalismo español (1814-1868)*, Asociación de Historia contemporánea-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2022.

³ Jaap van Osta “The Emperor’s New Clothes. The Reappearance of the Performing Monarchy in Europe, c. 1870-1914”, en Jeroen Deploige; Gita Deneckere, (eds.), *Mystifying the Monarch. Studies on Discourse, Power, and History*, Amsterdam University Press, 2006, pp. 181-193, pp. 182-183.

⁴ Walter Bagehot, *The English Constitution* (2nd Edition, 1873), p. 68.

⁵ Matthew Truesdell, *Spectacular Politics. Louis-Napoleon Bonaparte and the Fête Impériale, 1849-1870*, Oxford, University Press, 1997; Catherine Brice, *Monarchie et identité nationale en Italie (1861–1900)*, op. cit.

En mayo de 1858 Isabel II viajaba a Alicante para inaugurar la primera línea ferroviaria que conectaba Madrid con el Mediterráneo. Tal evento no solo marcaba el inicio de la construcción de la red ferroviaria española, sino que será el comienzo de un ciclo de viajes reales, que tendrían lugar en los años siguientes: Castilla, León, Asturias y Galicia (1858); Baleares, Cataluña y Aragón (1860); Santander (1861); Andalucía y Murcia (1862); País Vasco (1865) y Extremadura (1866)⁶. El éxito de este primer viaje a Alicante, que se prolongó hasta Valencia, animó a la reina a repetir la experiencia apenas un mes más tarde con un viaje por tierras de Castilla, León, Asturias y Galicia⁷. Lo que en principio era una decisión personal de la reina⁸, encontró el respaldo político del gobierno de O'Donnell que, al contrario de gobiernos anteriores que habían sido muy reticentes a estas iniciativas, consideró que podían ser una buena estrategia para popularizar la monarquía y a su titular como cúpula del Estado y encarnación simbólica de la nación. En esta decisión pesó, sin duda, la consideración de que estos viajes permitirían crear nuevos espacios para la representación monárquica fuera de la capital del reino y de la corte, expandiendo la proyección pública de la institución a otras partes del territorio. Otra motivación política que influyó decisivamente en la organización de los viajes reales no fue ajena a la finalidad de restaurar en positivo la imagen de la reina, tras el desprestigio político y simbólico que había sufrido su figura a consecuencia de la revolución de 1854.

⁶Una aproximación a los viajes de Isabel II, centrada en su organización y planificación por la casa real y en la logística del desplazamiento, en Rosa Ana Gutiérrez Lloret, "A la conquista de la nación. Organización y estrategias de nacionalización en los viajes regioes de la monarquía isabelina (1858-1866)", en Renata De Lorenzo y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.), *Las monarquías de la Europa meridional ante el desafío de la modernidad (siglos XIX y XX)*, op.cit, pp. 363-392. Sobre los viajes de Isabel II las primeras aportaciones son las de Ignacio Herrero de Collantes, *Viajes oficiales por España de Isabel II. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia por...*, Gráficas Reunidas, Madrid, 1950 y Bernardo Riego, "Imágenes fotográficas y estrategias de opinión: Los viajes de la Reina Isabel II por España (1858-1866)", *Reales Sitios. Revista del Patrimonio Nacional*, nº 139, 1999, pp. 2-15. Contamos también con estudios parciales como el de M. Carmen Fernández Albéndiz, *Sevilla y la Monarquía. Las visitas reales en el siglo XIX*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2007; Pedro Carasa Soto, *La reina en la Ciudad: usos de la historia en la visita de Isabel II a Valladolid en 1858*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2007; Margarita Barral Martínez, *A visita de Isabel II a Galicia en 1858: monarquía e provincialismo ao servizo da nacionalización*, Sotelo Blanco, Santiago de Compostela, 2012. Véase también David San Narciso Martín "Viejos ropajes para una nueva monarquía. Género y nación en la refundación simbólica de la Corona de Isabel II (1858-1866)", *Ayer*, nº 108, 2017 pp. 203-230; Victor Manuel Núñez-García, "Monarquía y nación a través de la visita de Isabel II a Andalucía en 1862. La dimensión cultural de las ceremonias reales", *Hispania*, vol. LXXIX, nº 262, 2019, pp. 331-357.

⁷ El embajador francés en España, Turgot, que acompañó a la reina en el primer viaje a Alicante, no dudó en calificarlo como una verdadera marcha triunfal. Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique*, Espagne, t. 851, Turgot a Walenski, 1-6-1858.

⁸ Isabel Burdiel, *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, p. 590.

Los viajes reales suponían un despliegue logístico de gran magnitud, en el que primaba el criterio de la casa real, aunque contaba con el refrendo y el apoyo del gobierno, que era el primer interesado en que resultaran un éxito, por las positivas implicaciones políticas que de ello podían derivarse para mantenerse en el poder⁹. Tras la confección de un planificado itinerario de acuerdo con los deseos personales de la reina y la supervisión del gobierno, se organizaba la comitiva real que, en algunos viajes, llegó a superar el centenar de personas¹⁰, lo que suponía un elevado coste para la corona y para las administraciones locales y provinciales, que debían asumir mediante créditos gran parte de los gastos de la visita¹¹.

Los desplazamientos reales a las provincias españolas se convirtieron en un nuevo instrumento para consolidar a la institución monárquica como la piedra angular del sistema político liberal postrevolucionario. Como destacaba el embajador francés en su correspondencia diplomática, valorando muy positivamente la iniciativa del gobierno de organizar el viaje de Isabel II a Andalucía: “Estamos en un momento en el que es más que nunca útil para los soberanos mostrarse ante la gente, ponerse en contacto con ellos para mostrarles su interés y preguntar sobre sus necesidades”¹². En la misma opinión abundaba uno de los cronistas del viaje real a Andalucía, señalando que era “la visita de una Reina ilustrada, amante de sus pueblos, ganosa del bien público y de la prosperidad de todos y de cada uno de los que viven bajo la égida de su tutela; es la inspección ocular de quien comprende la alteza de los deberes que su elevada investidura le impone”¹³.

Los ceremoniales, la mitología y la simbología que se exhibían popularmente en las visitas reales representaban la unión simbólica entre la nación y la monarquía, abriendo nuevos escenarios que permitían representar los imaginarios y discursos de legitimación asociados a la monarquía y a la nación, y plasmar también las interrelaciones entre el poder real y del Estado y diversos actores como los políticos, las elites locales y el pueblo:

“Cataluña entera vio llegar a la Reina de España sin mostrar casi otro sentimiento que el de la curiosidad: es que aún no la conocía, y necesitaba

⁹ Así lo reflejaba la correspondencia del embajador francés al señalar que el éxito del viaje a Andalucía en 1862 reforzaba al gobierno de O'Donnell. Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique*, Espagne, t. 862, cartas de Bondy a Thouvenel, 22-9 y 15-10-1862.

¹⁰ Archivo General de Palacio, *Sec. Histórica*, C^a. 269.

¹¹ *Ibidem*, C^a. 270.

¹² Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique*, Espagne, t. 862, carta de Bondy a Thouvenel, 3-9-1862.

¹³ Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, Imp. de La Andalucía, Sevilla, 1862, pp.12-13.

conocerla para tributarle los homenajes del corazón [...] La Reina se encontró entre todas las clases de la sociedad: y, ¿cómo pudo juzgarlas? De sus nobles labios no han salido más que palabras de elogio; contenta pasó horas enteras en compañía de industriales instruidos, de comerciantes finos y opulentos, de artesanos y operarios los más decentes que pueda presentar la capital más culta de Europa”¹⁴.

En las visitas reales se organizaron multitud de actos protocolarios y populares, como las recepciones y banquetes oficiales, los desfiles y cabalgatas, los paseos públicos por las calles de los lugares visitados, los espectáculos festivos, musicales y lúdicos, las inauguraciones y exposiciones de artes e industrias y celebraciones castrenses y religiosas. Estas ceremonias, rituales y festejos presentaban un claro carácter simbólico y performativo. Ponían en escena un nuevo lenguaje visual y nuevas pautas de conducta y sociabilidad de carácter nacionalizador. Se desarrollaban en diversos planos y espacios y proyectaban imaginarios que reforzaban los sentimientos de pertenencia a la nación y de lealtad a la monarquía que la representaba¹⁵.

Esa proyección pública y popular tendrá su extensión en la enorme publicidad que se hizo de los viajes de Isabel II a través de la prensa local y nacional, y de las crónicas elaboradas por escritores locales o encargadas directamente por la casa real¹⁶. Asimismo, las ilustraciones en la prensa y en las crónicas, reproducidas también como láminas sueltas, y las colecciones fotográficas de los lugares visitados

¹⁴ Francisco J. Orellana, *Reseña completa descriptiva y crítica de la Exposición industrial y artística de productos del principado de Cataluña improvisada en Barcelona para obsequiar a S.M. la Reina Doña Isabel II y a su Real Familia con motivo de su venida a esta ciudad*. Es. Tipográfico J. Jepús, Barcelona, 1860, p. 8.

¹⁵ Sobre las ceremonias como instrumentos de legitimación de las monarquías y de la nación véase los trabajos de David Cannadine, “The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the ‘Invention of Tradition’, 1820-1977”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992; Françoise Waquet, *Les fetes royales sous la Restauration ou l’ancien regime retrouve*, Arts et métiers graphiques, Paris, 1981; Matthew Truesdell, *Spectacular Politics. Louis-Napoleon Bonaparte and the Fête Impériale, 1849-1870*, op.cit.; Daniel Unowski, *The Pomp and Politics of Patriotism. Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*, Purdue University Press, West Lafayette, 2005; Catherine Brice, *Monarchie et identité nationale en Italie (1861-1900)*, op.cit. La importancia de las ceremonias en el estudio de la monarquía en el siglo XIX desde el enfoque teórico y metodológico de la historia cultural en David San Narciso, “Ceremonias de la monarquía isabelina. Un análisis desde la historia cultural”, *Revista de Historiografía (RevHisto)*, n° 21, 2014, pp.191-207.

¹⁶ Algunas de las crónicas se realizaron bajo el patronazgo real, como las de Antonio Flores, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón en 1860*, Imp. Rivadeneyra, Madrid, 1861 y Fernando Cos-Gayón, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, Imprenta Nacional, Madrid, 1863.

realizadas por Charles Clifford¹⁷ permitieron una mayor y posterior difusión visual de los espacios, festejos y ceremoniales de los viajes regios. De hecho, las fotografías inspiraron los grabados que ilustraban las crónicas oficiales y libros conmemorativos. En ese sentido, a las numerosas fuentes textuales que se conservan en el Archivo General de Palacio y en el Archivo General de la Administración¹⁸, se unen los grabados, las litografías y las fotografías que, con una amplia difusión, han conservado la memoria iconográfica y visual de las visitas reales, constituyendo una fuente documental de primer orden para la reconstrucción de los imaginarios monárquicos y nacionales recreados en los viajes de Isabel II.

I. LA LITURGIA DEL PODER: LA ENTRADA REAL Y LAS RECEPCIONES OFICIALES

El primer viaje a Alicante puso en marcha un protocolo ritualizado de la agenda de la visita real, que se consolidaría en los restantes viajes regios. Siempre que el desplazamiento fuese terrestre, bien por ferrocarril, bien por carretera, el primer acto era el recibimiento de la reina y su familia en el confín de la provincia y su recorrido por los pueblos de tránsito hasta la capital. En ese punto, además de las arquitecturas efímeras con lemas laudatorios y símbolos nacionales y del poder monárquico, se instalaban unos pabellones, equipados con espacios lujosamente decorados a modo de salones de recepción, comedor, tocador y descanso. En este lugar se realizaban los primeros actos protocolarios de recibimiento y agasajo de la familia real. El recorrido posterior hasta la capital estaba jalonado de arcos del triunfo y otras decoraciones, y el ferrocarril o los carruajes que conducían a los reyes hacían breves paradas en las estaciones, engalanadas con ricos ornamentos, o en los pueblos, previamente seleccionados, saludando a la multitud que se congregaba en estos lugares. En las ciudades marítimas, la llegada del cortejo regio se efectuaba por mar y la recepción oficial tenía lugar en el puerto, como ocurrió en Valencia en 1858 y en Barcelona en 1860¹⁹.

¹⁷ En su calidad de fotógrafo oficial de la casa real. Véase Charles Clifford, *Recuerdos fotográficos de la visita de SS.MM. y AA.RR. a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón en septiembre y octubre de 1860*, Madrid, 1860 y *Recuerdos fotográficos de la visita de SS.MM. y AA.RR. a las provincias de Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, Madrid, 1862. Real Biblioteca (Palacio Real), Sig. FOT/605 y FOT/635.

¹⁸ Existe una amplia documentación oficial de los viajes de Isabel II en el Archivo General de Palacio, *Sec. Histórica*, C^{as}. 267, 268, 269, 270, 271, 273 y 388, y *Reinados*, Isabel II, C^{as}. 240, 241, 255, 1598, 1862, 8582 y 8697; y en el Archivo General de la Administración, *Presidencia del Gobierno*, Sig. (09) 2. 8, 51/3112 y 3116.

¹⁹ *La España*, 1-6-1858. Antonio Flores, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón en 1860*, op. cit., p. 175 y ss. En el viaje a Asturias y Galicia también se utilizó el transporte naval desde Gijón hasta el puerto de El Ferrol. Véase *El Museo Universal*, 30-9-1858, y Cesáreo Fernández Duro,

A continuación, tenía lugar una apoteósica entrada en la urbe, una especie de remedo de las entradas reales de las épocas medieval y moderna que, como ficción del poder y autoridad de la monarquía, escenificaba la dignidad real y la posesión simbólica del territorio por la monarca²⁰, un ritual de reminiscencias barrocas que, en ocasiones, se reforzaba con la entrega de las llaves de la ciudad por parte de las autoridades locales²¹.



Figura 1. Llegada de SS. MM. A la estación improvisada en el Muelle. Alicante, 1860. Archivo de la Institución Milá y Fontanals de Investigación en Humanidades. CSIC. Barcelona. Sig. AMF/AEFC/006A/0203

Viajes regios por mar en el transcurso de quinientos años: narración cronológica, Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1893, pp. 307-338.

²⁰ Corinne et Éric Perrin-Saminadayer, *Imaginaire et représentations des entrées royales au XIX^e siècle: une sémiologie du pouvoir politique*, Publications de l'Université de Saint-Étienne, Saint-Étienne, 2006, pp. 7-16.

²¹ En ocasiones, la entrega simbólica de las llaves se realizaba también en la entrada de la provincia o región. En 1862, a su entrada por Despeñaperros, las autoridades locales le hicieron entrega de la llave de Andalucía, de oro y piedras preciosas, y que, en palabras del gobernador de Jaén, simbolizaba la "llave que, al abrir el paso de Despeñaperros, abre a V. M. todos los corazones andaluces". Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., p. 33.



Figura 2. Entrada de Isabel II en Palma de Mallorca y arco triunfal del Ayuntamiento. 1860. *El Museo Universal*, 42 (1860-X-14), p. 332. ALEDO, C. 1102, D. 1.

El protocolo fijaba después la celebración de un tedeum en la catedral y la llegada de la familia real a los alojamientos preparados para su estancia, que eran palacios reales o episcopales, casas nobiliarias y, en ocasiones, los mismos ayuntamientos. Desde los balcones del edificio el ritual proseguía con el saludo al pueblo allí congregado, al que la reina mostraba a su hijo Alfonso como príncipe heredero en un claro simbolismo de la continuidad de la dinastía y del futuro de la nación.



Figura 3. La Familia real en el balcón del palacio de Bilbao (A. Barcia, 1865) Archivo General de Palacio, nº inv. 10167382 © Patrimonio Nacional

Dentro de los ceremoniales previstos en esta vertiente mayestática del viaje real se situaban aquellos que representaban a la corte en provincias de acuerdo con el protocolo palatino. Este tipo de eventos presentaba una tipología variada, pues incluía desfiles y revistas militares y recepciones oficiales de las autoridades, de entidades e instituciones locales, y también del cuerpo consular y diplomático que participaba en el viaje²². También cabrían en esta caracterización otras galas dedicadas al esparcimiento, como banquetes, bailes oficiales o funciones de teatro, dirigidas a confraternizar con las elites locales. La culminación de este tipo de actos protocolarios tenía lugar en la celebración de un besamanos oficial, al que concurría gran número de público y en el que se recreaba con gran pompa y ostentación el salón del trono y la corte palatina, como ocurrió en el celebrado en los Regios Alcázares de Sevilla:

“Parecían resucitados los felices tiempos en que Sevilla era la corte mejor de sus monarcas. El aparato militar, las salvas de artillería, el tránsito incesante de coches de lujo, la multitud agolpada en las inmediaciones del Regio Alcázar, hacían creer en una súbita transformación en los destinos de la ciudad insigne. Desde la una de la tarde comenzaron a reunirse en el patio principal del Alcázar los dignatarios de la Corona, funcionarios de todas las jerarquías del Estado, autoridades, cuerpos, institutos, sociedades e individuos notables, invitados al acto, o traídos por comisión especial o deber de sus respectivas profesiones.

Había de preceder el besamanos de señoras, vestidas con traje de gala y mantos, en rigurosa etiqueta de corte, y pasaban de treinta las damas que aguardaban turno en el corredor o galería de asientos de azulejos, y junto al salón del trono. Allí se distinguieron por su belleza, elegancia, o fausto las señoras de varios grandes de España y títulos, elevados personajes y funcionarios superiores de la provincia, siendo objeto de atenciones galantes del selecto concurso, y de pruebas de estimación benevolente de SS. MM.

Más de mil personas fueron admitidas a la ceremonia solemne. S. M. la Reina vestía de azul y encajes de seda de gran precio y extremada labor; ostentando un aderezo de perlas y diamantes, digno de la Soberana de dos mundos, y ciñendo su cabeza la diadema de brillantes que figura como pieza principal en el joyero de la Corona”²³.

²² Desde palacio se cursaban también invitaciones a representantes del cuerpo diplomático para que acompañaran a los reyes en su viaje. De esta forma, embajadores o encargados de negocios formaban parte de la comitiva real y la correspondencia epistolar con sus cancillerías, como la de la Embajada de Francia, constituye una fuente documental complementaria, al incluir descripciones, impresiones y comentarios en clave política de los viajes reales.

²³ José Velázquez Sánchez, *Crónica regia: Viaje de la Corte a Sevilla en 1862*, Impr. J.M. Geofrín, Sevilla, 1863, pp. 152-153.



Figura 4. Besamanos en el Palacio de la Aduana, en Cádiz, en Arístides Pongilioni; Francisco de P. Hidalgo, *Crónica del Viaje de SS. MM. Y AA.RR. a las provincias de Andalucía*, Eduardo Gautier Ed., Cádiz, 1863 (Lámina entre págs. 194-195).

En estos espacios se producía el encuentro con las elites locales, que podían escenificar su proximidad y relación con los representantes del gobierno, la corte y los propios monarcas, lo que reforzaba su autoridad ante sus conciudadanos y su papel como mediadores naturales entre el pueblo y las altas instancias del poder. De hecho, las crónicas de los viajes describían con todo lujo de detalles estos eventos y a los participantes locales en ellos, aludiendo específicamente al intercambio de regalos entre los miembros de la oligarquía local y las personas reales como reflejo de la posición e influencia social de la que gozaban aquellos. Esas relaciones también seguían produciéndose en las veladas campestres, cabalgatas, paseos y corridas de toros, aunque estos actos estaban más abiertos a la participación popular.

II. LA REINA DEL PUEBLO. EL ÁNGEL DE LA CARIDAD

Otro de los objetivos de los viajes de Isabel fue popularizar la imagen de la reina como cercana a su pueblo, sopesando también la aceptación pública de su figura y de la institución: “S. M. la Reina, el Gobierno, la Corte, todos se apercibirán de cuál es el estado de la opinión pública, adquiriendo un conocimiento exacto de las necesidades que deben proveerse y de los males que es necesario corregir. De aquí deducimos nosotros la importancia del viaje”²⁴.

²⁴ Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., pp.12-13.



Figura 5. Islas Baleares. Paseo por la Ciudadela. © Archivo de la Institución Milá y Fontanals de Investigación en Humanidades. CSIC. Barcelona. Sig. AMF/AEFC/006A/0202

En conexión con esa imagen popular de Isabel II que se quería proyectar, la agenda real incluía su participación en numerosos actos de carácter religioso, benéfico y cultural, si bien la faceta más cercana y humana de la reina se mostraba sobre todo en aquellos que eran más abiertos y de carácter lúdico, como las corridas de toros, las ferias, cabalgatas, los paseos por la ciudad, las ofrendas de frutos y flores, las serenatas y tablaos flamencos y los bailes populares. Las crónicas y la prensa insistieron en este tipo de actividades en las que la reina era recibida en olor de multitudes y aclamada entre ovaciones y vítores populares²⁵.

²⁵Las fuentes diplomáticas también coinciden en destacar la gran participación popular en estos actos lúdicos y festivos. Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique, Espagne*, t. 851, Turgot a Walenski, 1-6-1858.

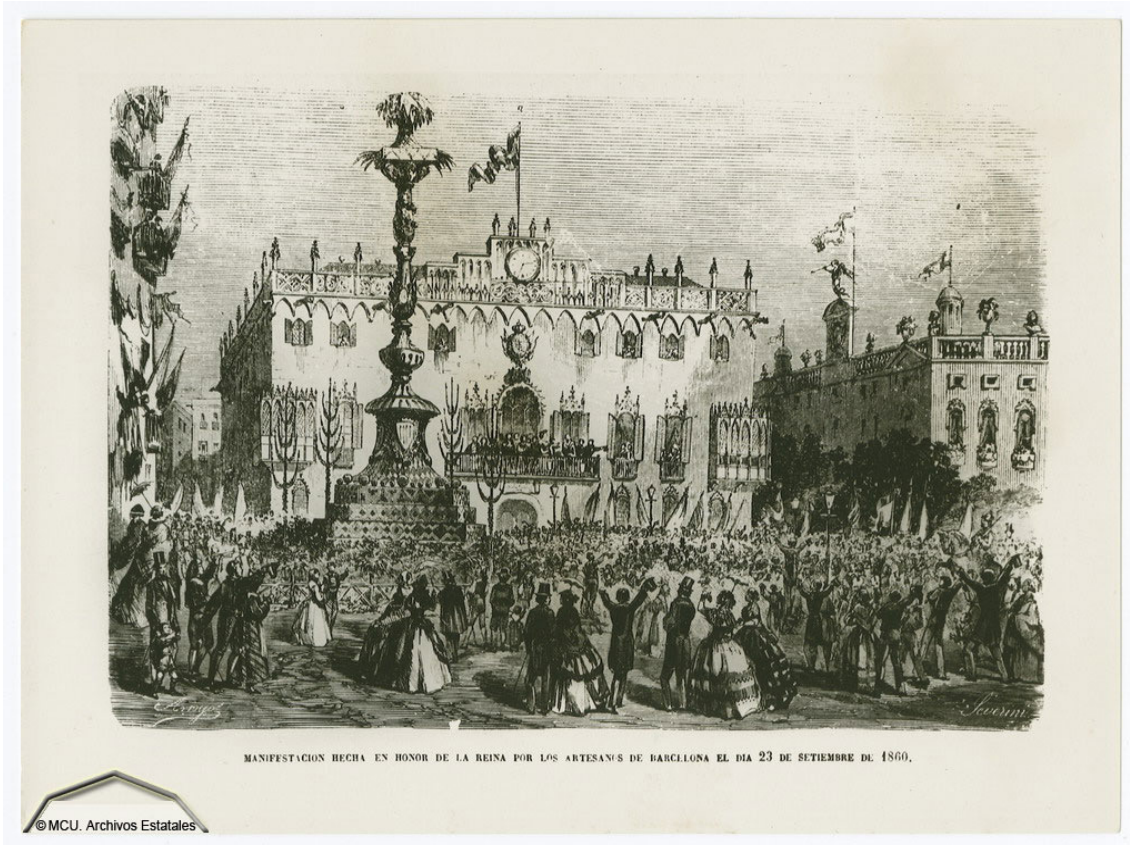


Figura 6. Aclamación de los artesanos de Barcelona a su monarca, el 23 de septiembre de 1860. *El Museo Universal*, 47 (1860-XI-18), p. 373. ALEDO, C. 1102, D. 7.

En este tipo de festejos era donde el contacto de los reyes con el pueblo se estrechaba. La comunicación visual era más directa y la música, los espectáculos pirotécnicos, las luminarias y la ornamentación de las plazas y calles contribuían a crear ambientes mágicos y a suscitar la emoción entre el público. Uno de los rituales de mayor aproximación entre el pueblo llano y las personas reales, que tendrá lugar de forma repetitiva en todos los viajes, era la presentación de frutos y flores por jóvenes con indumentarias regionales con un doble simbolismo: la ofrenda de agasajo y la exposición de la riqueza de las producciones locales.



Figura 7. Litografía en color de la exposición de frutos del viaje de Isabel II a Alicante en 1858. © Archivo Técnico del Museo Arqueológico de Alicante (MARQ). Sección de Fondos Gráficos.

Otra actuación popular de la reina era aquella que entroncaba con su labor caritativa y humanitaria. Hacía gala, como destacaba un periódico de la época, de una “caridad inagotable, que tanto la realza a los ojos de la nación”²⁶, y que le hizo ganar los títulos de “Ángel de los tristes” y “Ángel de la caridad”, que las crónicas y periódicos remarcaban. Los donativos reales a establecimientos religiosos o asistenciales como conventos, asilos, hospitales y orfanatos se sucedieron a lo largo de los viajes. Este tipo de actuaciones presentaban diversas vertientes como la munificencia como expresión de la religiosidad real o la dimensión de género representando los valores de caridad y compasión identificados con la feminidad en el discurso de la domesticidad liberal²⁷. En este sentido, tales prácticas reforzaban la imagen maternal ligada a la metáfora familiar que la representaba como madre de la gran familia que era la nación²⁸. En los

²⁶ *La Correspondencia de España*, 14-10-1860.

²⁷ María Cruz Romeo Mateo, “Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria”, en *La España liberal, 1833-1874*, Marcial Pons-PUZ, Madrid, 2014, pp. 89-127.

²⁸ Una imagen metafórica de gran utilidad para las nuevas monarquías constitucionales. Catherine Brice, “Métaphore familiale et monarchie constitutionnelle. L’incertaine figure du roi père”, en Gilles Bertrand; Catherine Brice; Gilles Montèg-

viajes regios la representación de la familia real como modelo social acorde con los discursos de género y los valores culturales de la clase media era fundamental para contrarrestar el deterioro que en la imagen pública de la reina causaban los rumores sobre su vida privada²⁹.

Las actividades benefactoras de la reina también eran la expresión de un compromiso filantrópico que presentaba ya ciertas diferencias con el que tradicionalmente habían ejercido los monarcas absolutos, ya que impulsaba una especie de patronazgo híbrido. Su actuación alentaba otras donaciones particulares de personajes destacados del entorno político nacional, de las propias elites cortesanas, y de los notables locales, empresarios y compañías comerciales que, además de patrocinar alguno de los fastos del viaje, contribuían con donativos a instituciones benéficas o al alivio de los necesitados. De ello participaban las corporaciones locales, las diputaciones e incluso la propia administración central del Estado que, a través de los gobernadores civiles, se encargaba de la distribución de las dádivas reales y de proveer directamente otros recursos asistenciales³⁰. Parte de esos socorros se destinaban como limosnas para satisfacer peticiones particulares o como actos de munificencia en conmemoración de la visita real. Un ejemplo lo tenemos en la visita a Oviedo en 1858, donde la reina ordena al gobernador civil el reparto de 8.000 reales distribuidos en lotes de 500, que se sortearon entre las operarias de la Fábrica de Tabacos³¹. Otros actos de la filantropía real serán la entrega de premios a la virtud y al trabajo, los bautizos y asistencia a niños expósitos, a los que se costeaba los gastos de sus nodrizas y manutención, o la entrega de dotes para jóvenes casaderas.

Una de las imágenes más conocidas de Isabel II como una reina caritativa y solidaria con el sufrimiento de su pueblo tuvo lugar en Sevilla durante su viaje a Andalucía en 1862. Visitó el Hospital de la Santa Caridad, del que había sido nombrada Hermana Mayor Perpetua y, cumpliendo la tradición reservada a los hermanos de la cofradía, besó de la mano del pobre más antiguo. El acto gozó de una gran difusión pública

re, (dirs.), *Fraternité. Pour une histoire du concept*, Les Cahiers du CRHIPA 20, Grenoble, 2012, pp. 157-185.

²⁹ Sobre la utilización de la ficción familiar en la legitimación de la monarquía constitucional, Rosa Ana Gutiérrez-Lloret and Alicia Mira-Abad, "The royal family as a symbolic fiction: A mixed picture of the new forms of legitimacy in Spain's liberal monarchy (1843-1931)", en David San Narciso; Margarita Barral-Martínez and Carolina Armenteros (eds.), *Monarchy and Liberalism in Spain. The Building of The Nation-State, 1780-1931*, op. cit., pp. 132-150. Véase también Monika Wienfort, "Dynastic Heritage and Bourgeois Morals: Monarchy and Family in the Nineteenth Century", en Frank Muller and Heidi Mehrkens (Eds.), *Royal Heirs and the Uses of Soft Power in Nineteenth-Century Europe*, Palgrave/Macmillan, Londres, 2016, pp. 163-180.

³⁰ Boletín Oficial de la provincia de la Coruña, 20-11-1858. Véase también, Archivo General de Palacio, *Sec. Histórica*, C^a. 267.

³¹ Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo, 6-9-1858.

en la prensa local y nacional, reproduciéndose la escena en un grabado y posteriormente en una pintura al óleo³².



Figura 8. Francisco María Tubino, *La corte en Sevilla: crónica del viaje de SS.MM. y AA.RR. a las provincias andaluzas en 1862*, Imprenta de la Andalucía, 1863. (Lámina entre pp. 170 y 171)



Figura 9. José Roldán Martínez. *Su Majestad la reina Isabel II en el acto de besar la mano al pobre más antiguo del Hospital de la Caridad de Sevilla*, Hermandad de la Santa Caridad, Sevilla.

³² Fernando Cos-Gayón, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, op. cit., p. 97, y Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., p.171. Posteriormente, la escena sería recreada en un cuadro al óleo del pintor José Roldán.

La imagen de una reina magnánima y clemente se escenificaba también en los indultos y amnistías concedidos por la intercesión real. Un ejemplo claro fue el indulto concedido a los condenados por la sublevación de Loja de 1861, una operación que trataba de minimizar las manifestaciones hostiles a la visita real y que consiguió que los indultados participasen en las aclamaciones y ovaciones populares con una pancarta con el lema “A SS. MM. y AA., los indultados agradecidos”³³. Otros ejemplos los tenemos en Zaragoza, donde la reina atendió la petición de indulto a veinticinco presos de los valles de Hecho condenados por contrabando, y en Cádiz, donde se liberó a los confinados por desertión³⁴. Estos actos de clemencia real eran respaldados por el gobierno, atendiendo a los réditos políticos que conllevaban, e intentando fortalecer la adhesión monárquica en aquellos territorios donde la influencia demócrata y republicana era notable³⁵.

III. REINA DE LOS ESPAÑOLES. LA NACIÓN MONÁRQUICA ENTRE LA TRADICIÓN Y EL PROGRESO

Y es que más que reina de España, Isabel Segunda ha sido siempre la reina de los españoles (...) hijos del presente siglo, tomaron por veneranda enseña de su bandera el nombre de la reina, que simboliza a un mismo tiempo el principio de autoridad y el principio de libertad unidos dulcemente en fraternal consorcio³⁶.

El más potente imaginario y el más globalizador en el sentido de que en él confluyen las restantes imágenes que recrean los viajes de Isabel II es el que escenifica un discurso de nación en el que la centralidad la ocupa la monarquía encarnada en la figura de la reina³⁷. Se trataba de nacionalizar la monarquía, pero también de hacer monárquica la nación, fortaleciendo los vínculos emocionales de adhesión, de pertenencia a una

³³ Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique*, Espagne, t. 862, carta de Bondy a Thouvenel, 3-9-1862.

³⁴ *La Correspondencia de España*, 14-10-1860. Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., p. 276.

³⁵ En el viaje de 1858, cuando la reina recibió la invitación formal para visitar Barcelona, el embajador francés destacaba el efecto político que tendría dicho viaje, porque podrá dar la prueba de que en las provincias que pasan por ser las más avanzadas en las opiniones liberales se ha conservado el espíritu monárquico. Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique*, Espagne, t. 851, Turgot a Walenski, 1-6-1858. *La España*, 1-6-1858.

³⁶ Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., p. 414.

³⁷ Un análisis de la vinculación política y cultural entre la monarquía y el fenómeno del nacionalismo en la España isabelina, en David San Narciso, “Being a nation through the crown. Banal monarchism and nation-building in Spain, 1833–68”, *European Review of History*, 27-4, 2020, pp. 474–493.

colectividad nacional y, en definitiva, de lealtad a la nación y a la monarquía que la representaba.

En ese discurso la monarquía se proyectaba como la piedra angular del edificio del Estado y de la nación, y en él confluían varios elementos y representaciones. En primer lugar, destaca la utilización del pasado histórico en clave monárquica, de tal forma que la historia nacional era en esencia la historia de la monarquía. Este relato se transmitía en los actos y rituales que se efectuaban en los viajes regios, pero también en el repertorio simbólico y las referencias históricas de la escenografía y decoraciones efímeras que engalanaban las ciudades y lugares visitados. La utilización de los símbolos nacionales como la bandera, el himno y el escudo recreaban la nación y la justificaban históricamente a través de la monarquía, cuya legitimidad quedaba reforzada a su vez en su síntesis con la nación. Esa legitimación simbólica con referencia al pasado histórico identificado con la monarquía estuvo muy presente en los inicios del reinado de Isabel II y se reactivó tras la revolución de 1854, en la que su persona y su trono habían sido cuestionados.



Figura 10. Ramón Franquello, *La Reina en Málaga: descripción de los arcos de triunfo, monumentos, adornos y vistas más notables que ha habido en Málaga y en el límite de su provincia, durante la estancia en ellas de S. M. la Reina Doña Isabel II y su Real Familia, en octubre de 1862*, Imprenta del Correo de Andalucía, 1862 (Lámina entre pp.8 y 9).

Los viajes reales abrieron nuevos escenarios para la utilización de este recurso, que se reflejaba en la agenda real a través de actos de gran proyección simbólica, en los que se establecían comparaciones con monarcas legendarios y gestas gloriosas del pasado, y se resaltaba la vinculación histórica entre la monarquía española y el catolicismo, con especial referencia a la Reconquista y, de forma destacada, a la figura de Isabel la Católica³⁸.

No era la primera vez que se usaba el parangón de Isabel II con aquella reina del pasado, ya que fue muy utilizado para reforzar sus derechos como heredera al trono y, después, como reina legítima en el contexto del conflicto dinástico y la guerra carlista³⁹. En la política para restaurar el prestigio político y personal de la reina, de la que los viajes serán un instrumento fundamental, volverá a utilizarse con profusión la comparación de las dos reinas, la del pasado y la actual, como ejemplo del buen reinar y de los logros de la nación⁴⁰. El enardecimiento nacionalista y la retórica patriótica que generó la guerra de África⁴¹ contribuyó a reforzar esa equiparación, que fue un lema recurrente en las decoraciones efímeras que adornaban las ciudades visitadas y en los álbumes poéticos dedicados a la reina por escritores y poetas locales. Ejemplos de ella los encontramos en todos los viajes, pero de especial significación serán los actos simbólicos celebrados en Granada, “una de las provincias más ricas en recuerdos y glorias nacionales”, como señalaba una de las crónicas locales. Allí Isabel II recibió como regalo de la Universidad Literaria una corona de oro idéntica a la de Isabel la Católica, que la reina utilizó en las ceremonias solemnes que tuvieron lugar en la ciudad, y en su visita a la catedral se le ofreció simbólicamente el cetro y la corona de la reina católica, que ella besó por considerar que eran reliquias dignas de veneración⁴².

Los lugares de memoria vinculados históricamente con la monarquía fueron objeto de visita obligada en el itinerario de los periplos reales, como el paraje de las Navas de Tolosa, donde la reina veneró la cruz de la victoria y expresó “sus deseos de que su hijo Alfonso sea, por su magnanimidad y su gloria, tan insigne como el Octavo [una referencia a Alfonso VIII de Castilla que derrotó en esta batalla a los almohades] para

³⁸ Véase David San Narciso, “The Crown in National Disguises: The Uses of Monarchy’s Historical Past in Spanish Nation-Building, 1833–1868”, *Nationalities Papers*, 2022, 50:2, pp. 275–295, p. 284 y ss.

³⁹ Rosa Ana Gutiérrez-Lloret, “Isabel II, de símbolo de la libertad a deshonra de España”, en Emilio La Parra (coord.), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Síntesis, Madrid, 2011, pp. 238–243, p. 227.

⁴⁰ José Güell y Renté, *Paralelo entre las Reinas católicas Doña Isabel I y Doña Isabel II*, Impr. de Jules Claye, París, 1858.

⁴¹ Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 509–524, p. 511.

⁴² Eduardo de los Reyes; Francisco Javier Cobos, *Crónica del viaje de sus Majestades y Altezas Reales por Granada y su provincia en 1862*, Imp. de F. Ventura y Sabatel, Granada, 1862, pp. 58–59.

bien de la religión y de la patria”⁴³. También se efectuó una parada en Bailén, en donde están “los recuerdos de un pueblo que ha sabido vencer siempre que vio en peligro el trono y la independencia de su territorio”, en referencia a la victoria española sobre las tropas francesas en 1808⁴⁴. Covadonga fue otro de los escenarios privilegiados donde se desarrolló este discurso que ligaba la historia y la monarquía católica. En este caso la narrativa nacionalista se centró preferentemente en el príncipe heredero, “que en su nombre simboliza las asturianas glorias”. Allí, en la que se consideraba mítica cuna de la monarquía y la reconquista cristiana, fue confirmado Alfonso, agregando a sus nombres de bautismo el de Pelayo⁴⁵.

En los viajes reales el príncipe de Asturias tuvo un claro protagonismo, como representación del futuro histórico de la dinastía y de la nación. En ese sentido, uno de los actos centrales de la estancia real en Cádiz durante el viaje por Andalucía en 1862 fue el ingreso de Alfonso como soldado de la compañía de granaderos del primer batallón del Regimiento de infantería del Rey. Acompañado por el rey consorte y vistiendo el uniforme militar, el pequeño príncipe visitó el cuartel y, tras tomarle la filiación de ingreso, compartió con sus compañeros el rancho que le fue presentado en fiambarrera de plata⁴⁶. Este acto, como otros de carácter castrense que tuvieron lugar durante los viajes, en los que el príncipe Alfonso desplazaba al rey consorte como figura estelar, respondía también al plan de educación diseñado para el heredero al trono, en el que la formación militar debía ser fundamental, porque, como señalaba el cronista del viaje, “la milicia responde, como el Trono, al principio y al sentimiento esencialmente nacional”⁴⁷.

También se utilizaron las alegorías históricas en las cabalgatas o escenificaciones teatrales de carácter festivo, como la que se representó en Zaragoza en 1860 para celebrar la efeméride de la coronación de Fernando I de Aragón⁴⁸.

⁴³ Fernando Cos-Gayón, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, op. cit., p. 28.

⁴⁴ Aristides Pongilioni; Francisco de P. Hidalgo, *Crónica del Viaje a las provincias de Andalucía en 1862*, E. Gautier Ed., Cádiz, 1863, p. 12.

⁴⁵ Juan de D. de la Rada y Delgado, *Viaje de SS. MM. y AA. por Castilla, León, Asturias y Galicia, verificado en el verano de 1858*, Imp. Aguado, Madrid, 1860, pp. 553 y 564.

⁴⁶ Aristides Pongilioni; Francisco de P. Hidalgo, *Crónica del Viaje a las provincias de Andalucía en 1862*, op. cit., pp. 255-258.

⁴⁷ Fernando Cos-Gayón, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, op. cit., p. 164. Sobre la importancia de la formación militar en la educación que debía recibir el príncipe Alfonso, véase Rafael Fernández-Sirvent; Rosa Ana Gutiérrez-Lloret, “Monarquía, nación y masculinidad: la forja del carisma de Alfonso XII de Borbón en la España de la Restauración”, *Investigaciones Históricas. Época moderna y contemporánea*, 2022, n° 42, pp. 875-914, p. 883.

⁴⁸ Antonio Flores, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón en 1860*, op. cit., pp. 364-365.



CABALGATA CONMEMORATIVA DE LA CORONACION COMO REY DE ARAGON DEL INFANTE DON FERNANDO, EL DE ANTEQUERA, REPRESENTADA EN ZARAGOZA DURANTE LA ESTANCIA DE SS. MM. Y AA., EL DIA 9 DE OCTUBRE DE 1860.

Figura 11. Cabalgata conmemorativa de la coronación del Infante Fernando como rey de Aragón. Zaragoza, 1860. *El Museo Universal*, 25-11-1860.

En este discurso de legitimación histórica de la monarquía está muy presente el catolicismo como seña de identidad de la institución. Era un componente esencial de la legitimidad tradicional de los monarcas españoles desde los Reyes Católicos, si bien en el siglo XIX en la proyección pública de la monarquía constitucional se remodeló como representación de una nación que se definía como católica. En los ceremoniales y rituales monárquicos esta dimensión simbólica estaría muy presente y será un elemento central en la agenda de los viajes regios, que estaba plagada de tedeum, visitas a iglesias, santuarios, ermitas y conventos, e incluso procesiones que contaban con la participación de la familia real, como la celebrada en Zaragoza con motivo de la festividad de la Virgen del Pilar el 12 de octubre de 1860⁴⁹. Ejemplos muy significativos de la simbiosis entre monarquía y catolicismo fueron las ceremonias de la confirmación del príncipe Alfonso y de la infanta Isabel en el santuario de Covadonga en 1858, y la de la infanta María de la Concepción en la basílica del Pilar de Zaragoza en 1860.

⁴⁹ Antonio Flores, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón en 1860*, op. cit., 378-382.



Figura 12. La procesión del Pilar. Zaragoza, 12 de octubre de 1860. © Archivo de la Institución Milá y Fontanals de Investigación en Humanidades. CSIC. Barcelona. Sig. AMF/AEFC/006A/0201

En el uso del pasado histórico en la construcción del relato nacional las referencias a la historia más inmediata, la vinculada al liberalismo, son mucho más limitadas, en beneficio de la historia más remota, en especial la correspondiente a la época medieval. Ciertamente, en las crónicas y las decoraciones efímeras se alude con frecuencia al carácter constitucional de la monarquía que representa Isabel II, pero, en relación con los actos conmemorativos, la visita la reina al oratorio de San Felipe Neri, donde las Cortes de Cádiz redactaron la primera constitución liberal, pasó más desapercibida. En el viaje al País Vasco en 1865 hubo alguna mención a militares o milicianos que lucharon frente a las partidas realistas durante el trienio o en la defensa del sitio de Vitoria en 1834, pero la evocación histórica se centró más en señalar la coincidencia de que la llegada de Isabel II a Vitoria el 12 de septiembre de 1865 se produjese el mismo día en que lo hizo Isabel la Católica para jurar los fueros casi cuatro siglos antes⁵⁰. En todo caso, la conmemoración de la guerra de la independencia y las hazañas bélicas de los españoles en su transcurso, entendidas siempre como la defensa del trono legítimo frente a la usurpa-

⁵⁰ Ramón Ortiz de Zárate, *Viaje de la Real Familia a las Provincias Vascongadas. Recibimiento y festejos en la provincia de Álava el 30 de agosto, 12,13,14 y 15 de septiembre de 1865*, Imp. de Cipriano Guinea Vitoria, 1865, pp. 5-6.

ción francesa, prevaleció sobre el recuerdo de los sucesos revolucionarios que se desencadenaron a partir de ella y de la defensa liberal del trono isabelino durante la guerra carlista.

Más allá de la monarquía, pero en simbiosis con ella, los viajes ofrecen también la finalidad de consolidar la identidad nacional en una doble vertiente que se concreta en dos conceptos que son indesligables: “Conocer el país” y “Hacer patria”⁵¹. En este sentido, es altamente significativa la inclusión en los compromisos reales de las visitas a aquellos monumentos, obras y lugares representativos del patrimonio histórico, arqueológico y artístico del país. Es una forma de reconocimiento del rico acervo cultural de la nación, al que se le da mayor publicidad a través de los conjuntos fotográficos encargados a Clifford, las litografías y los grabados que figuran en las crónicas y en la prensa ilustrada⁵².

La herencia cultural y monumental de épocas y civilizaciones pasadas se pone en valor con las visitas reales a Itálica, la Alhambra de Granada, la mezquita de Córdoba o los Alcázares de Sevilla. En alguno de estos lugares, la reina dio orden de que se restaurasen monumentos como el palacio de la Alhambra, o que se financiasen las excavaciones arqueológicas de la antigua ciudad romana de Itálica⁵³. Las catedrales, los edificios singulares con valor histórico, los museos y las universidades también constituyeron paradas obligadas para los reyes en sus expediciones por tierras españolas.

Este rico legado cultural no solo se contemplaba en clave nacional, sino que incluía también la vertiente local, como correspondía a una nación que integraba políticamente a diversas regiones y provincias con identidades culturales y localismos muy arraigados. La monarquía asumió en su discurso nacional las identidades territoriales locales o regionales en una síntesis armoniosa, que tendrá su reflejo en las crónicas y

⁵¹ A ese proyecto nacionalizador de la monarquía responde también el programa iconográfico y pictórico encargado por la casa real, en el que, además de la pintura histórica, adquirió relieve la de tipo costumbrista, entendida como la representación visual del territorio de la nación, así como de su población y costumbres. Véase al respecto, Álvaro Cánovas Moreno, “Conocer, exhibir y aprehender visualmente el territorio nacional: la monarquía isabelina (1833-1868), una *Galería de costumbres de todas las provincias de España* de Manuel Rodríguez de Guzmán (1818-1867) y otras imágenes de la nación en Palacio”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n° 45, 2023, pp. 33-60.

⁵² Como las colecciones fotográficas de Clifford que fueron publicadas y que, en muchos casos, sirvieron de base para los grabados y láminas que ilustran las crónicas. Véase Charles Clifford, *Recuerdos fotográficos del Viaje de SS.MM. [D^a Isabel II y D. Francisco de Asis] y AA. en las islas Baleares, Cataluña y Aragón, Sept. octubre 1860*, op. cit., y *Recuerdos fotográficos de la visita de SS.MM. y AA.RR. a las provincias de Andalucía y Murcia en Septiembre y Octubre de 1862*, op. cit.

⁵³ Eduardo de los Reyes; Francisco Javier Cobos, *Crónica del viaje de sus Majestades y Altezas Reales por Granada y su provincia en 1862*, op. cit., pp. 85-86. Francisco María Tubino, *La corte en Sevilla: crónica del viaje de SS.MM. y AA.RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., pp. 219-220.

artículos periodísticos como expresión del discurso romántico sobre la historia local y provincial-regional como parte integrante de la historia nacional. La concepción de la nación, la “gran patria”, como la suma de las “patrias chicas” se afirmaba en multitud de actos populares de la visita real que resaltaban la cultura autóctona a través de las lenguas vernáculas, el folklore, las tradiciones, los mitos y leyendas propios y, en definitiva, del patrimonio material e inmaterial de los lugares visitados⁵⁴. Ejemplos destacados los tenemos en los grabados y fotografías que nos muestran los monumentos o arcos triunfales construidos con materiales y aperos de los oficios propios de la zona, y en aquellos otros de carácter costumbrista que plasman a los moradores y tipos populares ataviados con la indumentaria tradicional del lugar, en sus quehaceres cotidianos o en manifestaciones de la cultura popular.



Figura 13. Charles Clifford, Fotografía del Arco de Triunfo en el Arrabal de Sta. Catalina, en Palma, cubierto de algas marinas y adornado con instrumentos y atributos de pesca y navegación, 1860. © Biblioteca Nacional de España., Sig. 17-LF/33 (6).

⁵⁴ Sobre el caso francés, Anne Marie Thiesse, *Ils apprenaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique*, Éditions de la Maison sciences de l'homme, París, 1997, y “Centralismo estatal y nacionalismo regionalizado: Las paradojas del caso francés”, *Ayer*, nº 64, pp. 33-64.



Figura 14. Charles Clifford, Fotografía de aldeanos de Palma y sus alrededores, 1860. © Biblioteca Nacional de España. Sig. 17-LF/33 (11)



Figura 15. Charles Clifford, Fotografía de gitanos bailando en la Alhambra, 1862. © Biblioteca Nacional de España. Sig. 17-LF/118 (60).

A la misma finalidad responden las imágenes de los hijos de la reina vistiendo los trajes regionales que recibían como obsequio en cada provincia, o de la reina luciendo la corona condal en su estancia en Bar-

celona en 1860. Eran gestos simbólicos de gran valor sentimental, que despertaban un enorme entusiasmo en la opinión pública y que gozaron de mucha popularidad al ser difundidos en litografías y fotografías⁵⁵.



Figura 16. José Vallejo y Galeazo, Retratos de la Infanta Isabel y del Príncipe de Asturias con trajes de de payeses catalanes, Lit. de J. Donón, 1861, Sig. IH/1244/2 y IH/248/4. © Biblioteca Nacional de España.



Figura 17. José Vallejo y Galeazo, Retrato de Isabel II como condesa de Barcelona, Lit. de J. Donón, 1861, Sig. IH/4500/83. © Biblioteca Nacional de España.

⁵⁵ Aprovechando la presencia de la reina en Cataluña, se vindicó en su presencia la restauración para su hijo Alfonso del antiguo título de Príncipe de Gerona, que ostentaba el heredero de la Corona de Aragón. Antonio Flores, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a las Islas Baleares, Cataluña y Aragón en 1860*, op. cit., p. 277. Antonio de Bofarull, *El Príncipe de Gerona. Justificación histórica dirigida a S.M. la Reina D.ª Isabel II (Q.D.G.)*, Imp. Jaime Jepús, Barcelona, 1860.

Otra de las estrategias de integración de lo local en los discursos de la nación y de la monarquía fue la visita real a los lugares de culto y devociones populares que, como referentes de las identidades culturales y religiosas de las “patrias chicas”⁵⁶, tenían una gran efectividad en la popularización de la monarquía:

“La Reina supo halagar uno de los más puros sentimientos de estos habitantes. Verla ofrecer sus adoraciones a la misma Reliquia a la cual las ofrecemos todos, era muy grato para un pueblo que nunca cesa de adorar ese regalo del cielo. Y como se suponía que la Reina no se acercaba al santuario de nuestra huerta, por consideraciones a la devoción del pueblo, y sí movida por su piedad, por su religión, por su fe cristiana, se aumentó el entusiasmo de la multitud al verla creer en lo que aquí creemos, considerándola ya como hija de esta comarca. Quien aquí adora a la Santa Faz, para los alicantinos es alicantino al instante”.⁵⁷

Sin embargo, el discurso nacional vinculado a la monarquía no solo bebía en las fuentes de la tradición y del pasado histórico, sino que tenía asociada una potente proyección de futuro y modernidad:

“Después de un largo periodo de decadencia y de trastornos se ha abierto en España una época de verdadera regeneración. Tanto en el orden moral como en el material, la madre patria de algún tiempo a esta fecha realiza incontestables progresos, modificándose el antes poco envidiable aspecto que a los ojos del mundo ofreciera nuestra situación económica, política y social.

La verdad es que España, hallándose como se halla en la infancia del sistema representativo, ofrece rasgos que anuncian una era de prosperidad sólida, un desenvolvimiento rápido en la dirección conveniente: la verdad es que nuestro país en pocos años ha conquistado un honroso puesto en la escala de las primeras potencias (...) y que el espíritu público se forma y consolida, señal evidente para el observador de que la nación prospera. ISABEL II es la síntesis de todos estos progresos...”⁵⁸

En esta narrativa que identificaba nación y monarquía se ofrecía también la proyección de una imagen de progreso, ensalzando a Isabel II

⁵⁶ David Martínez Vilches, “La corona y sus fervores. Las devociones religiosas de la familia real durante el reinado de Isabel II”, en Raquel Sánchez (coord.), *Un rey para la nación. Monarquía y nacionalización en el siglo XIX*, op. cit., pp. 77-103, p. 93.

⁵⁷ Juan Vila y Blanco, *Isabel II en Alicante. Reseña histórica de esta ciudad, desde su origen, y del viaje que a ella se dignaron hacer SS. MM. Con la Real Familia en Mayo de 1858*, Imp. y Lit. de la Viuda de Carratalá, 1858, p. 376.

⁵⁸ Francisco M. Tubino, *La Corte en Sevilla: crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas en 1862*, op. cit., pp. 7 y 9.

como promotora de la prosperidad económica y la modernización social y cultural del país, como ponían de relieve las inscripciones de los escudos que, entre mástiles y gallardetes, bordeaban el camino a la ferrería de La Constancia, que la comitiva real visitó durante su estancia en Málaga en 1862:

“Bajo su glorioso reinado florecen las letras/ adelantan las ciencias/ brillan las artes/ crece la industria/prospera la agricultura/ se extiende el comercio/se desarrolla la riqueza nacional;/ se generaliza la instrucción;/ se recompensa el trabajo;/ se premia la virtud;/ se engrandece la patria [...]/ El reinado de la Segunda Isabel llena la historia/Magnánima sucesora de Isabel I”⁵⁹.

Por ello, en la organización de los viajes ocupaban un lugar destacado las inauguraciones de estaciones y líneas férreas, infraestructuras u obras públicas, y las visitas a exposiciones industriales y artísticas, minas o fábricas locales. Se publicitaban como los logros de una monarquía que impulsaba el desarrollo material y los avances tecnológicos de España. Esta imagen también se escenificaba en la propia llegada de la familia real utilizando el ferrocarril, el símbolo de los tiempos modernos, y en las reformas y mejoras acometidas por los ayuntamientos en las ciudades visitadas como exponentes del desarrollo urbanístico moderno. En estos viajes la percepción de progreso nacional era compartida por las autoridades y las elites locales, que contemplaban la visita real como una gran oportunidad por las expectativas de modernización y los beneficios que conllevaría para sus urbes⁶⁰. No obstante, los elevados gastos que ocasionaban el engalamiento de las ciudades y los fastos organizados supusieron en realidad una gravosa carga a las ya menguadas arcas de los ayuntamientos y diputaciones⁶¹.

⁵⁹ Fernando Cos-Gayón, *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre y octubre de 1862*, op. cit., p. 296.

⁶⁰ Víctor Manuel Núñez-García, “Monarquía y nación a través de la visita de Isabel II a Andalucía en 1862. La dimensión cultural de las ceremonias reales”, op. cit., p. 341.

⁶¹ Rosa Ana Gutiérrez Lloret, “A la conquista de la nación. Organización y estrategias de nacionalización en los viajes regioes de la monarquía isabelina (1858-1866)”, op. cit., p. 374.



Figura 18. Ramón Franquelo, *La Reina en Málaga: descripción de los arcos de triunfo, monumentos, adornos y vistas más notables que ha habido en Málaga y en el límite de su provincia, durante la estancia en ellas de S. M. la Reina Doña Isabel II y su Real Familia, en octubre de 1862*, Imprenta del Correo de Andalucía, 1862 (Lámina entre págs. 62 y 63).



Figura 19. Visita de la Reina Isabel II a la Mina de Arnao durante su estancia en Asturias. *Le Monde Illustré*, 25-9-1858.

Resulta indudable que la estrategia de popularización de la monarquía y de Isabel II puesta en marcha con los viajes regioes fue efectiva a tenor de los testimonios recogidos en las crónicas y en la prensa. Al margen del carácter encomiástico que tienen las primeras, los periódicos, incluso aquellos de orientación demócrata, y la documentación diplomática también reflejaron el éxito de los periplos reales, destacando los actos multitudinarios, las ovaciones populares y las manifestaciones de adhesión y lealtad a la reina. En opinión del embajador francés, tales manifestaciones demostraban el arraigo del principio monárquico en España, si bien relativizaba el entusiasmo popular hacia la persona de Isabel II, matizando que lo eran en tanto ella era la representante actual de ese principio. Además, señalaba que, en el caso del viaje por Andalucía, había que tener en cuenta que estas poblaciones no habían recibido una visita real desde hacía muchos años y que la reina era acogida como una ocasión de regocijo y celebración pública porque para ellas cualquier espectáculo era una alegría y una felicidad⁶². En esta carta Barrot ponía el acento en una cuestión importante porque, aunque reconocía la fortaleza del sentimiento monárquico en España, se preguntaba si la adhesión popular a Isabel II era más bien producto de las emociones y el deslumbramiento que los festejos, la majestuosidad de la corte y el aparato escénico real suscitaban entre la población. Lo cierto es que, pocos años después de este exitoso viaje de Isabel II a Andalucía, que concitó tantas manifestaciones de apoyo popular, una revolución ponía punto final a su reinado, abriendo una nueva etapa en la historia española.

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN

Ante las nuevas realidades sociales y políticas nacidas de los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en Europa durante el siglo XIX, las viejas monarquías tuvieron que afrontar un profundo y complejo proceso de adaptación para asegurar su supervivencia en la sociedad posrevolucionaria. Los monarcas perdieron poder efectivo, pero asumieron el nuevo papel simbólico de representar a la nación, convirtiendo a la monarquía en una institución central en la construcción nacional de los nuevos Estados liberales. La modernización de la institución pasaba por ganar visibilidad y cercanía con su pueblo y los viajes reales se convirtieron en un instrumento idóneo para la proyección pública del monarca y la escenificación de discursos de nación en perfecta simbiosis con la monarquía, en un juego de recíproca legitimación. Fue durante el reinado de Isabel II cuando este instrumento se puso en marcha con un ciclo viajero que llevó a la reina a visitar gran parte de las provincias y regiones

⁶² Archives Diplomatiques (France), *Correspondence politique*, Espagne, t. 862, carta de Barrot a Thouvenel, 15-10-1862.

españoles, abriendo nuevos escenarios para representar los imaginarios nacionales y monárquicos. A través de las ceremonias y festejos que se organizaban durante la visita real se recreaban elementos de la narrativa nacional que se estaba construyendo, y se idealizaba la figura de la reina como encarnación de la nación. Eran imágenes superpuestas que representaban el poder monárquico, la asociación de la reina con su pueblo a través de la acción caritativa y la clemencia, que remitía también a la poderosa metáfora que ideaba a Isabel II como madre protectora de los españoles, y una narrativa de nación que vinculaba el pasado histórico con la monarquía y el catolicismo como elementos constitutivos de la identidad nacional. Este discurso incluía también una proyección de futuro que resaltaba el progreso y la modernización económica y social, vinculándolos también con la monarquía isabelina.

Como estrategia de popularización monárquica las giras reales fueron un éxito a tenor de los testimonios de la época, si bien conviene matizar el verdadero grado de adhesión y respaldo popular a la figura de Isabel II, puesto que, pocos años después de sus triunfales viajes, la revolución de 1868 la destronó y puso término a su reinado. No obstante, el discurso de la nación monárquica y los imaginarios nacionales y monárquicos que se habían construido en torno a él pervivirán para renacer de nuevo durante los reinados de sus herederos, Alfonso XII y Alfonso XIII.

Enviado el (Submission Date): 4/3/2024

Aceptado el (Acceptance Date): 3/5/2024